

Capítulo I

Marco supo que había cometido un error fatal en el instante en que, al recular por la esquina del patio, sintió que el talón de su sandalia rozaba el agrietado yeso del muro, e instintivamente avanzó medio paso para ganar un pequeño espacio en el que moverse. Era lo que le habían enseñado a hacer en la escuela de gladiadores de Porcino: en una lucha mantén siempre espacio para moverte, de lo contrario cedes la iniciativa a tu oponente y quedas a su merced. Fue una lección que Tauro, el severo y cruel jefe de instructores, repitió hasta la saciedad a los aspirantes a gladiador.

A sus once años, Marco era alto para su edad y el duro entrenamiento le había hecho fuerte y resistente, y le había dotado de cierta destreza con la espada. Aun así, supo que todas las probabilidades jugaban en su contra en cuanto se encaró con su oponente, un hombre enjuto de unos treinta años, de pies rápidos y una aguda vista que anticipaba casi todos los movimientos que Marco hacía en su enfrentamiento.

Al tiempo que parpadeaba para apartar una gota de sudor, Marco dejó atrás su ansiedad. Sabía que su única esperanza era hacer algo inesperado, algo para lo que su oponente no estuviera preparado. La forma en que aquel

hombre se movía y manejaba su espada corta delataba que había recibido instrucción como soldado, o quizás incluso como gladiador, igual que Marco. Nada más desenvainar su espada frente al muchacho, el hombre había comenzado con un par de estocadas y fintas perezosas. La inicial expresión de desdén de su rostro se había desvanecido enseguida en cuanto Marco esquivó confiado las embestidas de su espada. Hubo una breve pausa mientras el hombre se retiraba unos pasos para dedicar una nueva mirada a su joven oponente.

—No estás tan verde como creía —gruñó—. Pero no eres más que un cachorrito que necesita una buena paliza. Y eso es lo que te voy a dar.

Entonces se enzarzó en serio con Marco y el chocar de sus espadas empezó a resonar en los muros del patio. Fuera, en la calle de Roma que discurría por detrás del patio, el alboroto de las voces apenas llegaba a los oídos de Marco, amortiguado por el de la sangre que latía en su cabeza. No le prestó atención y se concentró en su rival, esperando cualquier atisbo de movimiento que le indicase el siguiente ataque.

Aquel hombre era bueno. No habría durado más que un par de latidos de corazón contra un experto como Taurro, pero sólo era cuestión de tiempo que derrotara a Marco. Pese a los rapidísimos movimientos del chico, el hombre no tardó en acorralar a Marco contra el muro.

Por un instante, Marco cedió al temor de que aquel hombre ganaría y se maldijo por dejar que esto ocurriera. Expulsando aquel pensamiento de su mente, se agachó sobre la tierra apisonada y los adoquines del patio. Desplazó el peso ligeramente hacia delante hasta quedar apoyado

en la base de los dedos de los pies, preparado para avanzar de un salto o saltar hacia un lado en un instante. Mantuvo la espada levantada a poca distancia de su costado, desde donde podría lanzar un ataque o bloquear cualquier golpe que le lanzara su oponente. Su mano izquierda estaba extendida para mantener el equilibrio.

Se produjo otra breve pausa mientras se observaban el uno al otro.

Marco percibió movimiento detrás del hombre cuando una figura que observaba desde una puerta en el extremo más alejado del patio cambió de posición.

El ataque comenzó cuando su mirada se desvió hacia ese punto. Con un rugido, el hombre se abalanzó sobre él y lanzó una estocada hacia la cabeza de Marco. El muchacho se hizo a un lado justo cuando la punta de la hoja pasaba cortando el aire a escasos centímetros de su rostro. Al mismo tiempo, Marco atacó contra el brazo de su oponente que sujetaba y sintió una leve sacudida cuando el filo perforó la piel del hombre.

Con una maldición, el hombre cayó hacia atrás y levantó el brazo para mirar la herida. Sólo era un arañazo superficial, pero la sangre fluía abundante y las gotitas marcaban irregulares líneas carmesí por su antebrazo mientras miraba la carne cortada. Clavó una mirada gélida en Marco.

—Esto va a costarte caro, chico. Muy caro.

A Marco se le heló la sangre al oír la arrogante amenaza, pero mantuvo los ojos sobre su oponente.

El hombre bajó el brazo, al tiempo que apretaba la mano con fuerza para que la sangre que mojaba su palma no hiciera resbalar su arma. Avanzó con decisión hacia

Marco con los labios contraídos en una despiadada mueca. Esta vez no había posibilidad de desviar sus envites. El choque de los aceros resonaba atronador en los oídos de Marco mientras era empujado contra el muro que tenía detrás. La punta de la espada golpeó el revoque a un lado de su cabeza y arrancó fragmentos de la pared. De repente la espada ya estaba otra vez preparada, en alto, para descargar un golpe sobre la cabeza de Marco.

—¡Detente! —gritó una voz profunda desde el otro lado del patio.

Para entonces, a aquel hombre le hervía la sangre, y lanzó otra estocada contra Marco. En el último momento, Marco dio un brinco desesperado hacia delante, dentro del arco que describía la hoja. Se mantuvo abajo, lanzándose con todo su peso en el ataque mientras golpeaba con el guardamano de su espada justo entre las piernas de su rival, en la ingle. Se oyó un hondo gemido y el hombre reculó con expresión dolorida. Dejó escapar un lamento de dolor y rabia, cerrando su mano izquierda en un puño con el que lanzó un duro embate. Marco intentó apartarse de la trayectoria de la embestida, pero le alcanzó en el cráneo y el impacto empujó su cabeza hacia el lado. Brillantes chispas blancas llenaron el campo de visión de Marco mientras su cuerpo volaba por los aires. Después aterrizó con pesadez y sintió que le faltaba el aire en los pulmones. Rodó hasta apoyarse en la espalda, jadeante, al tiempo que los muros y el cielo daban vueltas por encima de él. El hombre entró tambaleándose en su campo de visión, gimiendo mientras se cernía sobre él. Entonces Marco sintió que la punta de una espada tocaba el espacio huesudo de la base de su garganta.

El hombre entrecerró los ojos y Marco temió que fuese a hincar la espada cortándole la garganta mientras la punta se hundía. Iba a morir y se le llenó el corazón de pesar y vergüenza por haber fracasado al intentar conseguir su libertad y encontrar a su madre. Había sido esclavizada al mismo tiempo que Marco y la habían llevado a una finca agrícola en algún lugar de Grecia, y si él moría, ella estaría condenada a terminar allí sus días. Cerrando con fuerza los ojos, Marco suplicó a los dioses que le perdonaran la vida.

—¡Festo! ¡Ya es suficiente! —volvió a gritar aquella voz—. Hiere al chico y haré que te crucifiquen antes de que termine el día.

Pasaron unos segundos antes de que la leve presión de la punta de la espada cediese y Marco se atreviese a abrir los ojos. Estaba helado por el susto y le temblaban las piernas, mientras permanecía tumbado boca arriba en una esquina del patio. Por encima veía a Festo apretando los dientes con frustración y, más arriba aún, el cielo manchado de humo. Aunque la primavera estaba muy avanzada, unas nubes bajas se acumulaban sobre Roma y amenazaban lluvia. Festo se enderezó, giró su espada y la devolvió de un golpe a su vaina antes de volverse hacia la puerta para hacer una reverencia. Marco se puso en pie con dificultad, respirando pesadamente, y se apartó de Festo al tiempo que hacía otra reverencia.

Cuando se enderezó, vio que el otro hombre cruzaba el patio a zancadas hacia ellos con una media sonrisa en los labios. Se detuvo ante Marco y lo miró de arriba abajo, sopesándolo, y después se volvió hacia Festo, jefe de sus guardaespaldas.

–¿Y bien? ¿Qué te parece el chico?

Festo se mantuvo en silencio antes de responder con cautela.

–Es rápido y tiene destreza con la espada, amo, pero aún tiene mucho que aprender.

–Por supuesto que sí. Pero, ¿puedes enseñarle?

–Si es tu deseo, amo.

–Lo es. –El desconocido sonrió–. Está decidido. El chico queda a tu cargo. Lo instruirás para luchar. Tiene que aprender a usar otras armas aparte de la espada. Debe ser capaz de usar la daga, el puñal, las estacas y las manos desnudas. –El hombre volvió a mirar a Marco. No había ni un ápice de buen humor en aquellos ojos fríos cuando continuó–: Algún día el joven Marco bien podrá convertirse en un excelente gladiador en la arena. Hasta entonces, quiero que continúe con el entrenamiento que empezó en la escuela de Porcino. Pero también debes instruirlo en las artes de la calle si queremos hacer de él un guardaespaldas efectivo para mi sobrina.

–Sí, amo –asintió Festo.

–Puedes dejarnos. Llévate la espada del chico. Luego busca a mi administrador y dile que quiero mi toga más fina limpia y perfumada para mañana. El populacho no esperaría menos de uno de sus cónsules –añadió–. Quiero tener buen aspecto cuando esté al lado del gordo idiota de Bíbulo.

–Sí, amo.

Festo volvió a hacer una reverencia, después atravesó el patio a buen paso para entrar de nuevo en la casa. Cuando ya no estaba, el hombre centró toda su atención en Marco.

–Ya sabes que aquí en Roma tengo muchos enemigos, joven Marco. Enemigos que harían daño a mi familia con el mismo agrado con el que me lo harían a mí, Cayo Julio César. Por eso necesito alguien en quien pueda confiar para proteger a Portia.

–Lo haré lo mejor que pueda, amo.

–Quiero que hagas más que lo mejor que puedas, chico –dijo César seriamente–. Debes vivir para proteger a Portia. Cada momento que pases despierto tus ojos y oídos deben estar atentos a cada detalle de tu alrededor si es que quieres detectar amenazas antes de que puedan causar daño. Y no sólo tus ojos y oídos. Debes usar tu cerebro. Sé que tienes un ingenio agudo. Eso ya lo demostraste en Capua.

César se mantuvo en silencio un momento y los dos recordaron la lucha en la que Marco había derrotado a Ferax, un muchacho que casi doblaba su tamaño, antes de matar dos lobos que habían azuzado contra él tras haberse negado a matarlo. Pero no había sido ninguna de aquellas dos hazañas lo que le había granjeado el favor de César, sino el hecho de que, cuando su sobrina Portia cayó a la arena y quedó a merced de los voraces lobos, Marco le salvó la vida. César estaba en deuda con Marco por aquello. Al mismo tiempo, César reconocía con astucia la oportunidad de invertir en un muchacho que algún día podría llegar a ser un gladiador popular entre el gentío, y parte de esa popularidad alcanzaría al propietario del gladiador. Así que Marco había sido comprado en la escuela de gladiadores, transferido de un amo a otro como una bestia cualquiera.

Se inclinó hacia delante y dio unas palmaditas en el pecho de Marco.

–Puede que sea cónsul, uno de los dos hombres más poderosos de Roma, pero hasta yo puedo sangrar con la misma facilidad que cualquiera. Tengo hombres que me protegen y hombres que espían para mí, y aun así siento que, de alguna manera, tú puedes demostrar que eres uno de mis más valiosos sirvientes. Por ahora cuidarás de Portia, pero quizás algún día tenga otros usos para ti.

Los ojos de César se entrecerraron mientras miraba a Marco fijamente. El silencio puso tenso a Marco, que tragó saliva nervioso. Aún no sabía bien qué pensar de su nuevo amo. A veces César podía ser generoso y encantador. En otras ocasiones, parecía despiadado, duro e incluso cruel.

–¿Otros usos, amo?

Una leve sonrisa se insinuó en los labios de César mientras respondía:

–Donde un hombre puede resultar sospechoso, un jovencito bien puede pasar desapercibido. Ahí es cuando necesitaré que seas mis ojos y mis oídos –César quedó en silencio y se acarició el mentón.

Marco sintió un ligero estremecimiento por el elogio implícito y la confianza que César depositaba en él. Pero el agrado desapareció enseguida, cuando recapacitó sobre el verdadero significado de las palabras de César. Marco iba a ser utilizado como una pieza menor en la batalla entre César y sus enemigos políticos. Pero Marco se daba cuenta de que aquello no era un juego. Recordaba que Tito, el hombre que en el pasado había creído que era su padre, le había hablado del mundo de la política en Roma. Las apuestas eran altas, literalmente cuestión de vida o muerte, y ahora Marco estaría en medio de todo aquello. Sería peligroso. Pero si Marco conseguía que lo juzgasen valio-

so y servía bien a César, podía esperar una recompensa. Eso era algo que había descubierto sobre aquel hombre: era generoso con quienes le ayudaban a alcanzar sus ambiciones. El pulso de Marco se aceleró al mirar a César y asentir con la cabeza.

—Estoy dispuesto.

César sonrió por un instante y después observó a Marco durante lo que pareció un buen rato antes de hablar de nuevo.

—Hay cierto misterio a tu alrededor, ¿sabes, muchacho? No eres un esclavo corriente. Cualquiera puede verlo. Tienes más coraje, determinación y dureza que cualquiera de tu edad. Tu padre estaría orgulloso de ti, dondequiera que esté.

Marco pensó deprisa. Aquí estaba su primera oportunidad de presentar la injusticia de su situación a César.

—Mi padre está muerto —dijo—. Fue asesinado por órdenes de un recaudador de impuestos llamado Décimo.

—Ah, ¿sí? —César frunció los labios un segundo y después se encogió de hombros—. Es una lástima. Pero los dioses tienen sus razones para hacer que las cosas ocurran a su manera.

A Marco se le estremeció el corazón por el cortante desprecio ante sus pesares.

—¿Y qué hay de tu madre? —preguntó César.

—Es esclava, amo. Aunque no sé dónde está.

Por mucho que Marco quisiera ayuda para encontrar a su madre, por ahora decidió que lo mejor era mentir. Sería más seguro que su madre permaneciera escondida de César. Si alguna vez llegaba a descubrirse su verdadera identidad, Marco sería entonces condenado a muerte, así

como cualquiera que afirmara tener la misma sangre que él. A pesar de toda la gratitud que mostraba a Marco por haber salvado la vida de su sobrina, aquel hombre, César, lo mataría en cuanto supiera que el verdadero padre de Marco era Espartaco, el general gladiador que había comandado el ejército de esclavos rebeldes en su desafío a César y sus amigos aristócratas. El gladiador que casi había traído la destrucción de Roma y todo aquello que representaba.